

Argimiro, la libreta de la memoria

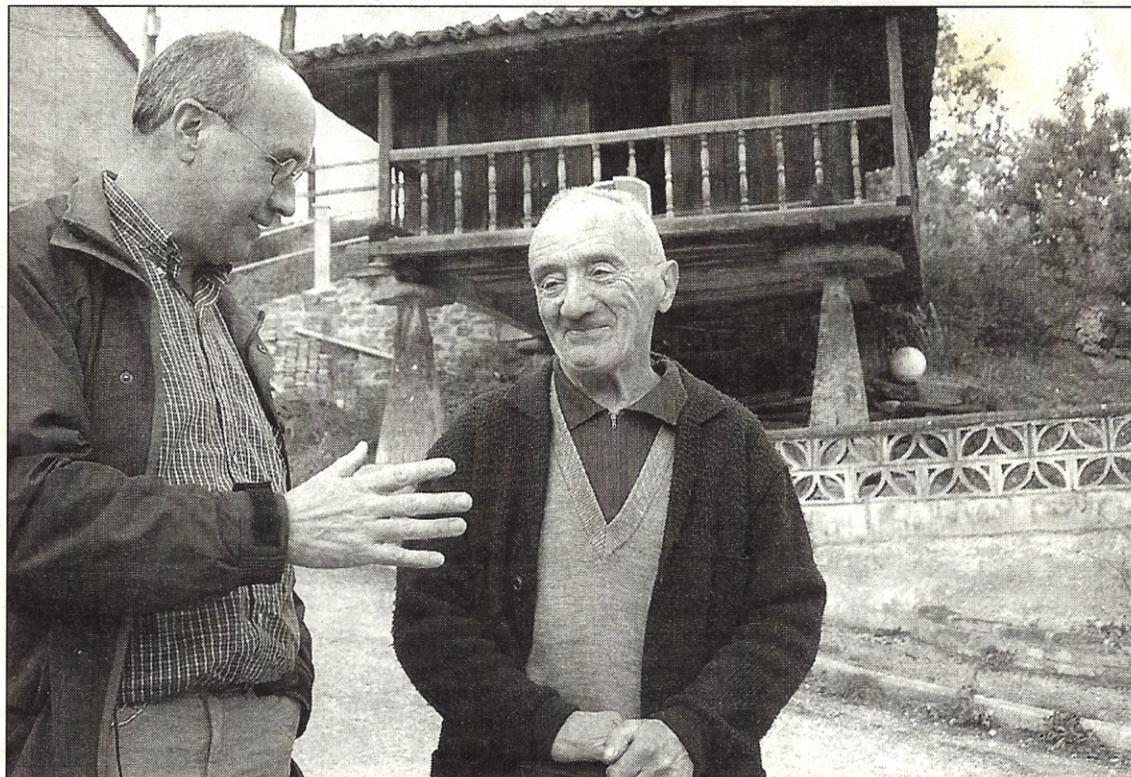
Un lenense de 90 años, con sólo ocho meses de escolarización, ha colaborado en el «Diccionario etimológico de toponimia»

Oviedo, Patricia MARTÍNEZ
Con poco en el bolsillo, Argimiro Octavio Álvarez (Lena, 1917) ejerció un autodidactismo que hizo posible, tras escasos ocho meses de escolarización, escribir libros y libretas y dejar a cualquiera boquiabierto cuando se intuye la punta del iceberg de su historia. Las libretas tienen caligrafía impecable y relatan toda suerte de historias y conocimientos, de donde Xulio Concep-

de Lena y aprovecha la toponimia para estimular a sus alumnos: «Los informes Pisa dan niveles bajos, entre otros motivos, porque no se estudia lo único que algunos conocen, el suelo. Investigando el paisaje aprenden a escuchar a sus mayores, a hablar y a exponer sus ideas».

Necesidad

El estudio de la toponimia tendría ahora su razón de ser sobre



Xulio Concepción y Argimiro Álvarez, en Espinéu, concejo de Lena.

J. R. SILVEIRA

ción Suárez extrajo algunas de las páginas de su «Diccionario etimológico de toponimia». «Argimiro es la garantía a la hora de confirmar la fonética de los topónimos. Es un documento fonético», explica Concepción.

La trascendencia de la propia palabra, voluntad última de muchos escritores, no fue tal en Argimiro, que cada noche durante muchos años quemó lo escrito, «hasta que llegó Xulio y me dijo que no lo quemara. Si no fuera por él, no sabría qué es la ciencia toponímica», confiesa agradecido. Pero el escritor nonagenario parece ser el vivo ejemplo de algo que relata Concepción: «En toponimia siempre sabemos más de lo que creemos saber, todo el mundo conoce algo del paisaje». La contribución de Argimiro al lenguaje del suelo ha tenido un matiz muy especial: «Más que topónimos como formas me da el contenido de lo que hay detrás de los topónimos y que ya no conoce casi nadie: las mostayas que se comían, la vida de los vaqueros que subían y bajaban a los puertos, las medidas del terreno o las pronunciations exactas de sus güelos, hace más de 100 años. Es una especie de cinta grabada sin magnetófono: una joya para estudiar», relata el autor del diccionario.

Concepción es profesor de Literatura en el Instituto de Pola

todo en el aprendizaje y la conservación, pero los nombres del suelo nacieron de una necesidad: «Todo el mundo sabía que en sitios como Culebreo, La Fonte la Culiebra o Culibriru no te puedes sentar porque probablemente haya culebras, y que un sitio que se llama La Güerta del Diablo no puede ser muy transitable». Aunque esta función de supervivencia no sea tan necesaria como en el tiempo en que Asturias era eminentemente rural, el conocimiento de la toponimia bien puede evitar algún susto: «Recuerdo un joven que murió fulminado por un rayo entre la zona de Buferrera, un vado de fierro, y La Tiese, en alto. Uno por el hierro y el otro por estar en lugar saliente y entre corrientes de aire, no se puede uno colocar en días de tormenta».

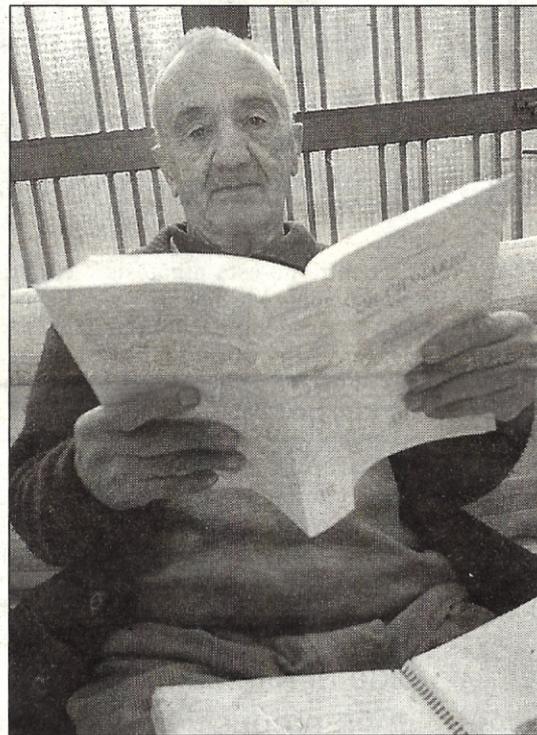
Es en este punto, en el uso real de los topónimos asturianos, donde hay que hacer el resto del trabajo: «En Lena se han puesto más de 200 topónimos. Lo que hace falta en Asturias es unidad territorial, la toponimia antes era mucho más democrática», confiesa Concepción. No se sabe si la lectura del «Quijote», la del paisaje o la condición de «montés», como dice Argimiro, son los factores que han conservado en 90 años tanta humildad y conocimiento en libretas de una raya.

Tanislao, el viejo que leía junto a la fragua

Oviedo, P. M.

La historia del Argimiro lector y más tarde escritor supera con mucho cualquier lección de autoayuda y superación personal. Nadie sabe lo que se consumió en el fuego, pero en lo que ha escrito desde entonces se conserva materia prima envidiable para muchos novelistas: «El viejo Tanislao se engallaba y leía junto a la fragua y en el portal de mi casa: les leía párrafos del periódico, pero con la malicia de trucar fechas y ubicaciones. Esto a veces era difícil de “colar” y recurrió a meterme a mí en el juego. Me enseñó a leer de corrido, y se escudaba en que con un niño no se puede confabular», relata en una de las libretas que con sumo estilo y mejor pulso ha escrito.

Para muestra, baste un botón, y otro fragmento de los apuntes



J.R. SILVEIRA

Argimiro Álvarez, con el «Diccionario etimológico de toponimia» y una de sus libretas en las rodillas.

de Argimiro da buena cuenta del criterio con que ha modelado su conocimiento: «Tengo que recordar en estas

introducciones que yo no tengo ninguna preparación para escribir, y voy desgranando, quizá sin ningún orden,

lo que me parece básico para la historia de dentro de unos siglos». Este concepto del conocimiento y su trascendencia a menudo choca con lo que Argimiro percibe de la sociedad actual: «No le cabe en la cabeza que los jóvenes no quieran aprender, no escriban, no lean... Dice que lo primero es leer, escribir, conocer el campo, los autores literarios», explica Xulio Concepción, autor del «Diccionario etimológico de toponimia».

Pero el conocimiento toponímico de Argimiro no es ni mucho menos lo más valioso de cuanto ha compilado en estos 90 años. Sus escritos están plagados de una sólida filosofía que debería acompañar a reformas educativas y planes de lectura: «La gente puede ser rica de varias formas, hasta con su temperamento», escribió Argimiro.